

¿Por qué aún el psicoanálisis en el siglo XXI?

Juan del Pozo

La clínica psicoanalítica testimonia de la desorientación del sujeto moderno. Éste, huérfano de sentido abreva con avidez en los productos que le son masivamente ofertados por el mercado global en busca de una satisfacción que calme su falta. Pero por la vía del consumo el sujeto no hace sino reabrir su vacío en una dinámica frustrante de reencuentros con la falta que ningún objeto comprado obtura. Su Otro, el discurso de nuestro tiempo, le orientará hacia el más y más y más de satisfacciones –encerradas como promesas en los objetos de presentación atractiva– que se ponen a su disposición. La decepción de tales experiencias no será óbice sin embargo para un incremento en espiral de una mayor voracidad.

Al final es hacia el sentido hacia lo que el sujeto se dirige. Presa fácil de los proveedores de sentido, religiones, sectas, ideologías fanatizadas etc. el sujeto busca encontrar la respuesta a lo que es. Las respuestas de la ciencia –que contribuyen en otros campos enormemente a mejorar el bienestar de los seres humanos a la vez que por sus contradicciones internas genera otras bolsas de malestar– no son válidas sin embargo, cuando se utilizan para cerrar la pregunta sobre el sentido. Por otra parte, las grandes respuestas ideológicas y religiosas de los siglos pasados parecen haberse fragmentado y el consuelo que el sujeto encontraba en ellas disminuido o desaparecido. Nuevas respuestas más sectarias y fanatizadas proliferan. El Otro proveedor de sentido contrariamente a lo que pudiera pensarse no ha desaparecido sino que es más oscuro, oculto y exigente hasta la crueldad. El sujeto cada vez mas abandonado a su suerte busca la protección de Otros cada vez más crueles y tiranos. La clínica moderna del éxito y su correlato de consumo de tóxicos tanto en los negocios, como en el deporte, o en la imagen corporal y sus tratamientos y modelados valgan como ejemplo de esto.

Al hablar el sujeto se convierte en un objeto incómodo para un saber, el de la ciencia, que opera sobre objetos mudos, del que extrae conocimientos universales pero que encalla cuando el objeto se rebela, habla, produce significaciones singulares y se remite para su determinación a los avatares de su propia historia. Sus instintos, deformados e inútiles, son sustituidos por el saber compartido, orden simbólico que lo liga a sus semejantes. Y esos semejantes de los que procede son portadores de un deseo del que no podrá alegar que no es cosa suya.

De esa dependencia original del niño hacia sus padres, de ese paso necesario por el Otro por el que su necesidad se hace demanda vehiculizada en un campo que le precede (lenguaje, cultura, deseos de sus padres) va a surgir el germen de una ética que ya está presente desde los orígenes del psicoanálisis.

Dice Freud en el *Proyecto de Psicología* (1895): "El organismo humano es al comienzo incapaz de llevar a cabo la acción específica. Esta sobreviene mediante *auxilio ajeno*: por la descarga sobre el camino de la alteración interior, un individuo experimentado advierte el estado del niño. Esta vía de descarga cobra así la función secundaria, importante en extremo, del *entendimiento (o comunicación)*, y el inicial desvalimiento del ser humano es la *f fuente primordial* de todos los *motivos morales*".

Si el psicoanálisis es una ética como nos enseñó Lacan, es porque se trata de un encuentro con un otro que responde de una manera particular.

En primer lugar mantiene abierta la pregunta sobre el sujeto que los saberes de la ciencia obturan con respuestas universales y estadísticas que fascinan pero que sobre todo ocultan los saberes particulares. El saber del sujeto no le es expoliado sino que le es devuelto como su

tesoro con el que manejarse mejor. Es la oportunidad para que el sujeto despliegue los significantes de su demanda. De ser reducido a unas necesidades que la ciencia pretende universales abrirse a una demanda que vehiculizará su ser más particular. "Es preciso que a la necesidad (...) se añada la demanda, para que el sujeto (...) haga su entrada en lo real..." (J. Lacan. *Observación sobre el informe de Daniel Lagache*).

Además apunta a eso tan real que causa a cada sujeto en su especificidad. Eso que escapa a su total absorción y ordenamiento significativo y que Freud llamó lo sexual. Cada caso es una ocasión de vislumbrar como se resuelve esa dialéctica que pasa por el Otro pero que no es sin decisión, sin acto, esto es la experiencia de la soledad del acto que es también separación. Respuesta a su ser pulsional, a su ser de goce, y no a las necesidades universales del instinto animal.

Asistimos a una proliferación de malestares en nuestra época que siendo nombrados con las palabras que tanto oímos como depresión, anorexia, fibromialgias, ludopatías, ataques de pánico, compras compulsivas, drogadicciones etc. nos muestran a sujetos muy desorientados, donde tales malestares se desabrochan de cualquier elaboración sintomática subjetiva que permitiera su apertura, su salida.

El psicoanálisis no es ni promesa de felicidad ni proveedor de verdad exterior para cada sujeto. Es el lugar donde aún es posible un trabajo significativo donde desplegar el saber más íntimo y desconocido a la vez, el saber del inconsciente. Saber del inconsciente que objeta los saberes previos y da acceso a una posibilidad de asumir la vida con responsabilidad. La responsabilidad de ser deseante, marcado por la castración y agente de actos que no buscan ampararse en las seguridades que ocultan los más oscuros sacrificios.

Sin más garantía que la del propio deseo pero también con el límite que éste impone sobre cualquier satisfacción de goce impune.

Donostia, 23 de Enero de 2005